

# DEMOCRACIA Y POLÍTICA EN LA CENTROAMÉRICA DEL SIGLO XXI

Guillermo Fernández Ampié\*



Centroamérica, que tantas miradas atrajo a finales del siglo XX por las rebeliones armadas que protagonizaron los sectores subalternos para transformar sus países y por las despiadadas acciones contrainsurgentes que financió Estados Unidos para impedirlo, sigue siendo objeto de atención y estudios. El interés hacia esa región que enterró las armas hace ya un cuarto de siglo anima ahora a nuevas generaciones de investigadores, algunos de ellos vinculados de una u otra manera con quienes simpatizaron con la utopía revolucionaria de finales del siglo XX. Sus trabajos vienen a ser también una suerte de herencia de aquella época. Así, en los últimos años se han publicado, tan sólo en la República Mexicana, tres textos que analizan diversos aspectos de la historia reciente y la realidad actual que vive la población centroamericana.

Uno de esos es precisamente *Democracia y política en la Centroamérica del siglo XXI*, que en los catorce artículos que componen el volumen distintos especialistas, desde diversas perspectivas y tópicos, auscultan los procesos llamados de ‘democratización’ o de ‘construcción de la democracia’, que sustituyeron los sueños revolucionarios diluidos por la imposibilidad de una victoria guerrillera. Los dos ejes centrales que unen los textos –democracia y políti-

ca– se articulan también con un tercer elemento: el económico, que si bien no se enuncia en el título, está ahí, presente, porque de lo contrario el examen quedaría incompleto.

¿Dónde y cómo está ahora esa democracia que llegó con la pacificación de la región y que se impuso como el modelo de gobierno óptimo, inmejorable, y como el único sistema político capaz de llevar prosperidad a las sufridas poblaciones centroamericanas? ¿Qué tan democráticos son ahora esos países que se desangraban por guerras fratricidas hace menos de tres décadas? ¿Qué fue de las promesas de tranquilidad, conciliación y prosperidad que anunciaban el fin de la guerra y el abrazo a la democracia? ¿Cómo les ha ido a los comandantes revolucionarios, sus antiguas organizaciones guerrilleras y a sus simpatizantes, en la nueva aventura en la que se embarcaron, una vez que decidieron trocar balas y fusiles por campañas y papeletas electorales?

Las anteriores son sólo algunas de las interrogantes que el texto se propone responder, y para ello dispone de información fresca y original. Así construye un amplio mosaico, una visión de conjunto que abarca desde valoraciones generales sobre el estado político y de las democracias centroamericanas hasta temas muy específicos, como las peripecias del llamado comercio justo y los bemoles de su certificación, analizados por Carlos Chávez Becker y Silvia Jurado; o los llamativos esfuerzos integradores entre República Dominicana y los países del istmo, de los que Beatriz Canseco reseña detenidamente la justificación his-

\* Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM y maestro en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Centroamericana de Managua. Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Sus líneas de investigación fluyen en tres vertientes interrelacionadas: procesos políticos y cambios sociales contemporáneos en Latinoamérica, historia de las ideas e historiografía latinoamericana, y la enseñanza de la historia y la historiografía centroamericana.

tórica esgrimida por el presidente Leonel Fernández y los pasos dados por los centroamericanos para concretarlo.

El abanico de tópicos también abarca asuntos como la construcción de la memoria acerca del conflicto y los dilemas que ello representa —memorias fragmentadas, memorias encontradas, dolorosas— como lo revela el texto de Enrique Coraza, quien se sumerge entre los recuerdos y contrariedades que enfrentaron aquellos que vivieron el conflicto desde tierras extrañas a causa del exilio forzado o voluntario y tras decidirse por el retorno. O bien, la continuidad de la ocupación de Honduras por fuerzas militares estadounidenses, elemento clave para la ejecución del golpe de Estado contra el Presidente Manuel Zelaya, en 2009, pero inútil para reducir o frenar los niveles de criminalidad y violencia en la patria de Morazán, como bien lo expone María Cristina Jiménez.

La situación de Guatemala, donde los escándalos de corrupción llevaron a la destitución y luego a la cárcel al general retirado y entonces presidente del país, Otto Pérez Molina, es analizada en el artículo de Nicolás González-Galeotti. El inédito hecho fue posible gracias a la labor realizada por la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (CICIG), creada con posterioridad a la firma de los Acuerdos de Paz, y representa un valioso logro pese a los rígidos y estrechos límites de la apertura y las reformas políticas e institucionales impulsadas tras dichos acuerdos. Por su parte, Amaranta Cornejo se enfoca en la fuerza y beligerancia de los movimientos feministas en Nicaragua, convertidos también en notables protagonistas entre los grupos de oposición al gobierno del presidente Daniel Ortega, dadas las medidas conservadoras y restrictivas hacia algunos derechos de las mujeres que el FSLN ha respaldado a cambio del apoyo de un sector de la Iglesia Católica y del empresariado.

El giro de Nicaragua y El Salvador hacia lo que tradicionalmente ha sido la izquierda en esos países es abordado, respectivamente, por

Nayar López, coordinador del volumen, y Elia Martínez Gasca. El análisis que hace cada autor sobre las limitaciones que enfrentan, ahora como gobierno, las antiguas organizaciones guerrilleras FSLN y FMLN sugiere que quizás sea el momento de dejar de pensar que la izquierda la representan únicamente los partidos políticos, y comenzar a concebirla como articulaciones más amplias, de movimientos sociales y populares, independientes, al margen o incluso a contrapelo de dichos partidos. Quizás el siguiente paso, en estos estudios, sea elaborar propuestas orientadas a resignificar las categorías de izquierda y derecha.

Enfatizando el caso de Nicaragua, Nayar señala que el FSLN por un lado “reivindica la solidaridad, la integración para el desarrollo social y el antiimperialismo del ALBA-TCP, y por otro, compromete la soberanía nacional acatando las reglas del libre comercio impuestas por Estados Unidos”, lo que a todas luces parece una contradicción. El análisis genera múltiples reflexiones y nuevas interrogantes, y nos lleva a concluir que uno de los problemas más agudos que enfrentan los sectores progresistas, no sólo en América Central, es precisamente ese: la imposibilidad de escapar a las imposiciones estadounidenses y de los organismos financieros internacionales sin recibir un castigo severo. Ante esta realidad es inevitable preguntarse: ¿qué puede hacer un país pequeño, sin recursos, sin petróleo, sin gas, ante el poder imperial de Estados Unidos? ¿Qué otro camino queda a estas micro naciones? ¿Qué ocurriría si Nicaragua derogara esos tratados de comercio impuestos por Estados Unidos? ¿Cuál sería el escenario? México, con toda su grandeza, con su historia de luchas y resistencias, y con sus abundantes recursos, no pudo evitar la firma del TLC con Estados Unidos. Venezuela, país que cuenta con las mayores reservas del petróleo del mundo, está siendo asfixiada económicamente precisamente por llevar la contraria a Estados Unidos y a los organismos financieros internacionales. ¿Cómo le iría a Nicaragua y a El Salvador si hicieran lo mismo? Podemos imaginarlo.

El dilema expone los limitados márgenes de acción con que cuentan los gobiernos llamados de izquierda en Centroamérica (y en toda América Latina) para impulsar políticas que beneficien directamente a las poblaciones más empobrecidas en sus respectivos países, y la imposibilidad de intentar una transformación radical. Sin embargo, como sostiene uno de los autores, aunque es evidente que esas políticas sociales que han puesto en práctica estos gobiernos, etiquetados como de izquierda, no terminarán con la desigualdad que caracteriza a las sociedades centroamericanas, no hay duda que permitirán a las personas empobrecidas vivir con más dignidad en un sistema que por su propia naturaleza es excluyente.

Notables son también los artículos de Daniel Martínez y Álvaro Artiga. El primero, centrado en la incontenible violencia que afecta principalmente a los países del llamado “Triángulo del Norte”: Guatemala, El Salvador y Honduras. Contrario a lo que se esperaba, reconfirma Martínez, los Acuerdos de Paz no pusieron fin a las muertes violentas, más bien dieron paso a un desborde de la criminalidad y a mayor violencia social. Artiga, por su parte, hace un extenso recorrido, de casi un siglo, analizando el desarrollo institucional de los procesos electorales salvadoreños.

El volumen cierra con el análisis de los procesos electorales efectuados en Costa Rica y Panamá en 2014. La inclusión de este último país, y de República Dominicana, es otro elemento importante a destacar, pues con ello el universo geográfico del libro supera el concepto tradicional de Centroamérica (o América Central), entendido como los cinco pequeños países surgidos de la malograda República Federal.

Con relación a Costa Rica, Ilka Treminio documenta los síntomas del agotamiento de la democracia más longeva de Latinoamérica, que en lugar de fortalecerse padece los achaques experimentados por similares modelos políticos en otras latitudes, en los que la falta de credibilidad, cuando no el descrédito total, de los partidos tradicionales posibilita la emer-

gencia de nuevas fuerzas que hacen añicos los históricos bipartidismos. Un hecho notable que registra Treminio es la creciente apatía e indiferencia de los grupos más jóvenes ante las justas electorales, hecho que se evidencia en el 32% de abstencionismo, cifra similar a la de las últimas elecciones realizadas en Nicaragua, hecho que también sería relevante analizar. Por razones de espacio, y para concluir, me detendré un poco más en los artículos de Salvador Martí i Puig y Carlos Figueroa Ibarra, dado el balance global, de conjunto, que ofrecen.

El académico catalán argumenta que tras los Acuerdos de Paz, Guatemala, El Salvador y Nicaragua se constituyeron en referentes en el imaginario de la pacificación, la transparencia institucional, la subordinación de los militares al poder civil. Destaca “los pasos positivos” hacia la democracia que han dado los centroamericanos, y agrega: “Hoy es posible manifestarse libremente en cualquiera de las capitales y los partidos nominalmente de izquierda tienen las posibilidades de ocupar el poder en cuatro de los cinco países”. En mi opinión, el logro no es mayor ni tan positivo ni tan democrático, pues de nada sirve poder manifestarse libremente en las calles si después de la manifestación quienes la encabezan o participan en ella son impunemente asesinados, como ha ocurrido en Honduras con más de un centenar de defensores del medio ambiente – entre ellos la reconocida líder indígena Bertha Cáceres–, según lo registra el organismo Global Witness.

El autor señala algunas debilidades de ese proceso: la continuidad de la exclusión de amplias mayorías, la economía que no crece, la debilidad de las instituciones y del aparato estatal en general, a lo que se suma la violencia cotidiana, especialmente en El Salvador y Honduras donde alcanza niveles de terror, y el decaimiento y segmentación de los movimientos sociales. El analista concluye que en los últimos veinte años Centroamérica sí ha cambiado, pero la pobreza, la exclusión y la desigualdad continúan como en los años previos o du-

rante el conflicto armado, o quizás peor. Es decir, cambiaron muchas cosas para que nada cambiara. Ante la realidad descrita, su balance también podría haberse titulado: “el éxito del proyecto político contrainsurgente”.

Al referirse a los insatisfactorios resultados de la “transición democrática”, Martí i Puig asegura que el fracaso se debe a la “falta de cariño” con la que nacieron dichas democracias. El argumento no resulta convincente. Probablemente sea más plausible considerar que el desaliento y la decepción con que los centroamericanos ven esos procesos se deben precisamente a que no han resuelto las necesidades básicas de los ciudadanos, no han producido la prosperidad y el bienestar prometidos.

“Hoy es casi imposible pensar en la interrupción prolongada del orden democrático”, asegura también. Considero que tampoco puede confiarse en eso. Hasta ahora las élites han demostrado ser capaces de cualquier cosa con tal de conservar sus privilegios: arrasar comunidades enteras, asesinar sacerdotes, bombardear ciudades, deponer presidentes por el solo hecho de querer consultar la opinión de su pueblo, como ocurrió con el expresidente hondureño Manuel Zelaya en 2009, y organizar fraudes descarados y burdos, como el ocurrido en Honduras, a finales del 2017, ante la indiferencia o el silencio cómplice de la comunidad internacional.

Ahora bien, si el académico catalán reseña los avances que en términos políticos ha logrado la región en las últimas dos décadas —y que yo he considerado como el éxito de la política contrainsurgente impulsada a finales del siglo XX— el guatemalteco Carlos Figueroa Ibarra revela los detalles de la otra cara de ese éxito político: el rotundo fracaso de las políticas económicas neoliberales. El texto también podría titularse y resumirse con una frase: “el fracaso del neoliberalismo”, porque eso demuestran los datos que brinda.

Figueroa Ibarra analiza y sustenta académicamente esa situación que, de por sí, la población centroamericana más empobrecida ya co-

nocía y experimentaba. Para los más pobres no era un secreto el fracaso de las políticas neoliberales que vinieron aparejadas con la democracia, pues vivían cotidianamente sus consecuencias. Sin embargo, se hacía necesario documentarlo con el rigor demostrado por este autor.

El investigador guatemalteco comprueba, además, que se trata de un fracaso en todos los órdenes. En lo productivo, porque no hubo recambio ni modernización aunque se pasó de una economía fundamentalmente agroexportadora a favorecer el trabajo en las maquilas y el sector turístico, a la vez que se incrementaba la dependencia de las remesas familiares. Es también un fracaso social porque así lo indican las tasas de mortalidad materna e infantil, los porcentajes de desnutrición infantil, de atención médica especializada, y los índices de pobreza y pobreza extrema. Y este punto es mucho más relevante y revelador, porque es frecuente escuchar abundante información y comentarios, especialmente en los medios masivos internacionales, acerca de qué tan democrático o no es un gobierno centroamericano (o latinoamericano), y se producen muchos estudios sobre ese tema, pero muy pocos se atreven a decir, de manera contundente, que las políticas neoliberales que esos medios también respaldaron han sido un total fracaso.

No obstante, Figueroa Ibarra también hace una salvedad, una aguda observación: si en algo ha triunfado el neoliberalismo ha sido en su aspecto ideológico, y esto debido al fracaso de modelos que se pensaron como alternativas para la construcción de un mundo diferente —el socialismo y la socialdemocracia—, y es sólo por eso, como por inercia, que sigue vigente. Pero también, y esta es mi opinión, otra conclusión que puede inferirse de todo el volumen es que los pueblos no se cansan, no se rinden. No les queda de otra: continúan luchando, continúan organizándose y protestando, y siguen buscando nuevas vías para la construcción de una sociedad menos injusta.

En definitiva, *Democracia y política en la Centroamérica del siglo XXI* es un excelente material

para discutir, pensar y repensar el pasado, pero también el presente, de la “cintura de América”.

Nayar López Castellanos (coord.),  
*Democracia y política en la  
Centroamérica del siglo XXI*,  
México, La Biblioteca, Facultad de  
Ciencias Políticas y Sociales, UNAM,  
2016.